



Jonathan Purkis

**HACIA UNA
SOCIOLOGÍA
ANARQUISTA**

La "política" del conocimiento ha sido desde hace tiempo una preocupación de las humanidades y las ciencias sociales. Las decisiones sobre qué áreas de la sociedad se consideran dignas de estudio, cómo deben investigarse y la utilidad relativa de los hallazgos, plantean numerosas preguntas sobre el poder y cómo se manifiesta en sociedades concretas.

Las implicaciones ideológicas de estas cuestiones abarcan tanto el cuestionamiento del papel de la Academia como la legitimidad de las agencias estatales que podrían convertir las recomendaciones de investigación en políticas sociales potencialmente perjudiciales.

Por dichos motivos, Jonathan Purkis, nos invita a potenciar una Sociología Anarquista.

Jonathan Purkis

HACIA UNA SOCIOLOGÍA ANARQUISTA

Jonathan Purkis and James Bowen

Downloaded from manchesteropenhive.com
at 08/21/2018 01:54:11AM

Via free access

Extraído de:

https://www.academia.edu/73307209/Towards_an_anarchist_sociology

Traducción y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Introducción

Indicadores tempranos

De la Ilustración al engaño: ¿qué está bien y qué está mal en la sociología?

Supuestos problemáticos I. El orden natural (social) de las cosas

Supuestos problemáticos II. El pensamiento instrumental

Supuestos problemáticos III. ¿Qué es una buena investigación y a quién va dirigida?

Desarrollos recientes: Postestructuralismo, Teoría del caos y Anarquismo

¿Por qué desarrollar una sociología anarquista?

Agradecimientos

Un erudito serio es aquel que toma la palabra del Papa al pie de la letra y descarta las palabras de los rebeldes. Un despotricador es aquel que toma la palabra de los rebeldes al pie de la letra y descarta cada palabra del Papa.

Fredy Perlman, 1983: 183

El objetivismo y el relativismo no solo son insostenibles como filosofías, sino que también son malas guías para una colaboración cultural fructífera.

Paul Feyerabend, 1995: 152

INTRODUCCIÓN

La "política" del conocimiento ha sido desde hace tiempo una preocupación de las humanidades y las ciencias sociales. Las decisiones sobre qué áreas de la sociedad se consideran dignas de estudio, cómo deben investigarse y la utilidad relativa de los hallazgos, plantean numerosas preguntas sobre el poder y cómo se manifiesta en sociedades concretas. Las implicaciones ideológicas de estas cuestiones abarcan tanto el cuestionamiento del papel de la academia como la legitimidad de las agencias estatales que podrían convertir las recomendaciones de investigación en políticas sociales potencialmente perjudiciales. En las últimas décadas, estas preguntas se han convertido en parte del proyecto marxista de analizar los medios de reproducción intelectual en las sociedades capitalistas modernas, así como han informado a una generación de sociólogas feministas deseosas de criticar la política del conocimiento por sus

supuestos patriarcales. Al mismo tiempo, sin embargo, la agenda económica neoliberal, en auge desde finales de la década de 1970, ha planteado sus propias preguntas sobre la política del conocimiento, hasta el punto de plantear serios desafíos tanto a la práctica académica establecida *como a las resistencias* socialistas y feministas a ella.

Como han señalado Zygmunt Bauman (1987) y George Monbiot (2000), en los últimos tiempos las prioridades dentro de la academia han cambiado, y la intervención de los intereses corporativos en la producción de conocimiento ha planteado interrogantes sobre su propia circunscripción, en particular las reivindicaciones de "libertad de valores". Además, el papel de la academia, al menos en muchos países occidentales, ha cambiado para incorporar estas nuevas prioridades. No solo existen prioridades particulares para maximizar la admisión de estudiantes a toda costa, sino que cualquier investigación que se permita realizar requiere enmarcarse dentro de la lógica intelectual y las competencias financieras de la competitividad corporativa. Para muchos en la izquierda, estas agendas impulsadas por el mercado y con frecuencia antiintelectuales han destruido las culturas de investigación genuinas y la búsqueda de conocimiento como un ejercicio en sí mismo.

El argumento que sigue adopta una perspectiva algo diferente y quizás menos nostálgica de estos asuntos. Desde una perspectiva anarquista, nada de esto es particularmente sorprendente, principalmente porque los parámetros de lo

que se debate están limitados por sus suposiciones sobre la organización de la sociedad misma. Por lo tanto, independientemente de si la academia se organiza en torno a una filantropía impulsada por el mercado u orquestada por el Estado, las suposiciones que la sustentan se basan en muchas de las mismas premisas. Es decir, las estructuras sociales y los conjuntos de relaciones que son parte integral de la teoría sociológica tienen una base tan jerárquica como los organismos que financian tales métodos de investigación intelectual. Existe, entonces, una agenda intelectual que se refuerza mutuamente y que a veces, quizás inconscientemente, se reproduce a sí misma.

Cómo intentar aplicar un método sociológico de investigación sin sucumbir ni a los intereses de las estructuras de poder ni a su cosmovisión intelectual es un conjunto de preocupaciones pertinentes y extremadamente complejas. Lograrlo de forma coherente con los principios anarquistas supone, por lo tanto, un reto significativo. Sin embargo, los beneficios potenciales que podrían surgir de tal iniciativa van más allá de un hipotético enclave de anarquistas académicos; existen áreas de la sociología convencional e incluso progresista que pueden recibir ayuda para resolver aparentes contradicciones en su propia investigación. Esto ocurre especialmente en los campos de estudio de los movimientos sociales y las teorías de la «reflexividad», pero de forma más amplia en el estudio de las organizaciones y la naturaleza del poder mismo. Algunos

de estos temas se analizarán con mayor detalle más adelante, pero primero conviene reflexionar sobre las áreas de la sociología existentes que podrían ofrecer asistencia en el desarrollo de una sociología anarquista.

INDICADORES TEMPRANOS

A primera vista, la evidencia no es convincente. Hasta la fecha, el papel del anarquismo en la investigación y el análisis de las sociedades pasadas y presentes ha sido bastante marginal, y aparentemente ineficaz, fuera del propio entorno anarquista. Hay varias razones para ello. En primer lugar, un marco explicativo derivado de supuestos tan claramente politizados que constituyen la base de cualquier comprensión del mundo puede considerarse una transgresión de la noción sociológica de la libertad de valores. Esto a pesar de... la institucionalización de un conjunto de análisis del mundo igualmente politizado, pero aparentemente más desarrollado, el marxismo. Esto constituye una segunda razón: el marxismo ha tenido una influencia muy prolongada y dominante en las ciencias sociales y las humanidades, especialmente desde la década de 1960. El anarquismo nunca ha logrado más que un punto

de apoyo en el ámbito académico y su profundidad intelectual ha sido constantemente cuestionada, principalmente porque, como señala Alan Carter (1989), sus conceptos de historia y sociedad se consideran demasiado fluidos y menos sofisticados.

Además, cualquier alejamiento de las teorías exclusivamente materialistas del cambio para considerar cuestiones de psicología, la naturaleza humana y la "necesidad" de autoridad de las personas se considera demasiado acientífico. Irónicamente, estas teorías materialistas son totalmente incapaces de conciliar la disparidad entre su *propia* justificación de las jerarquías y la "naturalidad de la competencia" construida socialmente, y utilizada por quienes buscan legitimidad intelectual para el capitalismo. En este sentido, una sociología que examine la construcción social de la autoridad y su significado en un entorno autoritario será inevitablemente marginada.

Una tercera razón ha sido la integración o el mal uso de la literatura anarquista o relacionada con ella, la más famosa de las cuales es *La sociedad del espectáculo* de Guy Debord (1987 [1957]), cuyas implicaciones completas se han subsumido en los tratados posmodernistas sobre los procesos de significación dentro de la cultura del consumo. De hecho, es a través de los discursos controvertidos del posmodernismo y el posestructuralismo que el anarquismo ha sido referenciado en las ciencias sociales y filosóficas, a veces como un argumento a favor del relativismo. Sin

embargo, esto a menudo ha tomado la forma de un *comentario sobre* la obra de los filósofos posestructuralistas franceses de las décadas de 1970 y 1980, en lugar de un *compromiso con* el canon anarquista en sí.

Sin embargo, algunos autores postestructuralistas están empezando a explorar la relación entre sus propias premisas y las del anarquismo. Como se analiza más adelante con más detalle, el trabajo de Andrew Koch (1993, 1997) y Todd May (1994) puede ser útil para analizar la micropolítica del poder, lo que a su vez puede alimentar cuestiones más amplias sobre las estructuras sociales y la ideología.

Las cuestiones de poder metodológico han sido centrales en las preocupaciones de las sociólogas feministas, quienes en la década de 1980 comenzaron a reformular viejos enigmas sobre la objetividad, la política de la investigación y la prueba de fuego académica de la libertad de valores. Esto coincidió en cierta medida con el trabajo en círculos de antropología (social) radical. De diferentes maneras, estos puntos de vista cuestionaron el derecho de los "expertos" a hablar en nombre de las personas que investigaban y plantearon preguntas sobre el valor de la investigación para dichas personas.

Un último ámbito a considerar es la ciencia, que ha generado numerosos debates políticos sobre el método, la verdad y las comunidades de investigación. La creciente ruptura de las fronteras disciplinarias desde la década de

1960 ha implicado que algunos de estos temas hayan impactado en las ciencias sociales, especialmente en la obra de Karl Popper, Thomas Kuhn y, en particular, Paul Feyerabend. Para nuestros propósitos, es el desarrollo de una «epistemología anarquista» por parte de este último en «*Contra el método*» (1988), así como sus llamados a la rendición de cuentas pública de la ciencia (1979), lo que puede proporcionar una piedra de toque para el desarrollo de la investigación sociológica en este ámbito.

Más recientemente, la popularidad de las teorías del caos y la complejidad en las ciencias naturales ha provocado una reacción similar (¡y a veces opuesta!) en sus contrapartes de las ciencias sociales. La visión radicalmente diferente del papel de la causa y el efecto en la organización de los fenómenos naturales y sociales, sumada a la aparente reivindicación del principio anarquista de la autoorganización en el mundo natural, ha convertido estas filosofías en una especie de patata caliente teórica.

La utilidad del postestructuralismo y la complejidad se evaluarán a su debido tiempo, pero primero es necesario establecer por qué surgieron estas críticas. Para ello, debemos retomar los fundamentos de la sociología como disciplina académica, analizar su relación con los métodos de investigación anarquistas y, a continuación, considerar por qué una sociología anarquista debe guiarse por criterios muy diferentes.

DE LA ILUSTRACIÓN AL ENGAÑO: ¿QUÉ ESTÁ BIEN Y QUÉ ESTÁ MAL EN LA SOCIOLOGÍA?

Historias comunes

El anarquismo y la sociología comparten un trasfondo intelectual común, pues sus ideas se moldearon a partir de los avances de la Ilustración en filosofía, ciencia y tecnología a finales del siglo XVIII. Ambos lograron aprovechar las nuevas perspectivas racionales, en conjunción con las filosofías políticas liberadoras del espíritu de la Revolución Francesa, y desarrollaron un conjunto particular de ideas sobre cómo investigar y transformar el mundo. Desde sus orígenes, tanto el anarquismo como filosofía política como la sociología como disciplina se han preocupado por la interrelación entre el individuo como creador activo de significado social y la organización y construcción de

significado colectivo dentro de un grupo específico o de la sociedad en general.

Sus diferencias radican en sus respectivas intenciones fundacionales. El anarquismo surgió como una ideología revolucionaria que vinculó una corriente ancestral del radicalismo político con la resistencia a las nuevas formas de vigilancia y burocracia estatales, el creciente poder del capital industrial y las limitaciones del sistema parlamentario como vehículo para el cambio social progresivo. El anarquismo formó una filosofía racionalista basada en los beneficios de una forma de organización social autodeterminada y sin Estado, que respetaba la libertad del individuo (responsable) y legitimaba la tendencia "natural" hacia la cooperación. Fundamentalmente, abrazó el lado "más oscuro" de la Ilustración, teorizando que el cambio real solo podría lograrse verdaderamente si los revolucionarios reconocían los problemas que el ego podría plantear para la organización política.

Por el contrario, la sociología surgió como una respuesta a la demanda del Estado moderno, que buscaba la "administración total" de la sociedad (Bauman, 1988: 228), y como una forma de investigación vinculada a la necesidad de reforma social. Por un lado, se orientó a proporcionar un vasto aparato de "gestión social" [...] [y] conocimiento experto en gestión social mediante la investigación estadística masiva (Bauman, 1988: 228). Por otro lado, se preocupó por el impacto social de las nuevas formas de vida

urbanas, las consecuencias de la pérdida de las comunidades y culturas rurales tradicionales, la alienación de las prácticas laborales de la era industrial y los problemas de saneamiento, enfermedades, pobreza y delincuencia. El compromiso con la reforma social, así como la legitimación del statu quo, es un aspecto importante de la historia de la sociología, desde el estudio clásico de Durkheim sobre el suicidio (1970 [1897]) hasta el trabajo de la Escuela de Chicago con los marginales urbanos y los vagabundos en la década de 1930 (Bulmer, 1984; Atkinson, 1990). Incluso dentro de la más conservadora y reaccionaria de todas sus perspectivas, el funcionalismo, existe un intento de reintegrar las partes disfuncionales de la estructura social, es decir, los criminales, al cuerpo social. Sin embargo, la sociología temprana, a diferencia del anarquismo temprano, era menos propensa a ver la disfunción como un asunto institucional en lugar de individual.

Existían similitudes en cuanto al apoyo al papel de la ciencia. La sociología dejó muy claro desde el principio de su historia que era una «ciencia de la sociedad», y muchos de sus primeros practicantes seguían un método de investigación «positivista». Este compromiso con la objetividad, mediante la búsqueda de las mismas leyes de causa y efecto observables que regían las ciencias naturales, también se consideraba libre de valores. Varios anarquistas «clásicos» también estaban igualmente comprometidos con estas ideas. Por ejemplo, tanto Pierre–Joseph Proudhon

(1923: 150ss.) como Mijaíl Bakunin sugirieron que era a través de la ciencia que los humanos podían comprender su verdadera naturaleza social; este último argumentó que «las leyes naturales estaban en armonía con la libertad humana» (1985: 34). Sin embargo, cuestionó el derecho de estos *sabios* a usarla para gobernar, ya que la ciencia debería ser «propiedad de todos» (1985: 62). Estas ideas sobre la ciencia y el poder no pasaron desapercibidas para Peter Kropotkin, que trabajaba en los campos de la biología natural, la geografía y la sociología, y cuya obra más famosa, *Ayuda mutua* (1993), fue diseñada para poner a prueba las ideas de Darwin sobre la naturaleza competitiva del mundo no humano (y por defecto) humano.

La aplicación de las ideas respectivas de la sociología y el anarquismo, tanto en la política social como en el ámbito de la vida cotidiana, es claramente algo donde la primera ha tenido mayor éxito. Sin embargo, los ideales del anarquismo también se han infiltrado en el ámbito público, en particular en la planificación urbana de finales del siglo XIX y principios del XX (Hall, 1988; Ward, 1992). De hecho, los sueños utópicos de varias generaciones de urbanistas, arquitectos y constructores parecen haber sido influenciados por las ideas anarquistas o socialistas libertarias de escritores desde Kropotkin hasta Patrick Geddes, Lewis Mumford, Paul Goodman y Colin Ward.

Las aspiraciones completamente diferentes de la sociología y el anarquismo, así como sus respectivas

posiciones dentro de la sociedad, implican diversas barreras, tanto intelectuales como prácticas, que impiden el desarrollo de una sociología anarquista radical. El siguiente análisis considera algunas de estas diferencias, analizando los supuestos que sustentan la literatura sociológica establecida sobre los movimientos sociales y ofreciendo algunas sugerencias sobre cómo la teoría anarquista podría ser beneficiosa para desarrollar una comprensión más tangible de esta área de estudio.

SUPUESTOS PROBLEMÁTICOS I

EL ORDEN NATURAL (SOCIAL) DE LAS COSAS

En *American Power and the New Mandarins* (El poder estadounidense y los nuevos mandarines, 1969), Noam Chomsky señala que, cuando los historiadores burgueses interpretan momentos turbulentos de la historia, suelen ignorar los movimientos que utilizan estrategias cooperativas, ya que son ajenos al concepto liberal–burgués de cambio histórico. Michael Maffesoli (1996: 56) hace una observación similar respecto a los teóricos de los movimientos sociales, quienes son incapaces de reconocer la existencia de grupos sociales o políticos que se organizan sin jerarquías. Estas suposiciones pueden ilustrarse mediante el debate, ya consolidado, sobre los llamados

«nuevos movimientos sociales» y los diversos enfoques analíticos que los abordan (un buen resumen de muchos de estos debates se ofrece en Welsh, 2000).

La principal afirmación de los iniciadores de este debate fue que los movimientos ambientalistas, de mujeres, por la paz y por los derechos civiles desde la década de 1960 constituyeron una nueva distinción en la historia de la protesta. Estos nuevos movimientos fueron los precursores de importantes cambios sociales, culturales y tecnológicos dentro de las sociedades occidentales, a través de los cuales comenzaron a tener lugar nuevas disputas en torno a la información y cuestiones particulares de calidad de vida. Según escritores como Jürgen Habermas (1981), Alain Touraine (1981), Claus Offe (1985) y Alberto Melucci (1989), estos movimientos no solo contrastaban con los "viejos" movimientos sociales que estaban más conectados con las luchas y preocupaciones del movimiento obrero, sino que su lógica organizativa era algo diferente. En particular, los nuevos movimientos sociales eran antijerárquicos, autoorganizados y perseguían objetivos no instrumentales que estaban vinculados a estilos de vida politizados y a los llamados valores "posmateriales". Se consideró que el activismo político era más "directo" que el que se realizaba a través de canales políticos convencionales y se llevaba a cabo de una manera amigable con los medios de comunicación.

Los problemas dentro de esta primera ola de nuevos teóricos de los movimientos sociales están bien documentados, particularmente en términos de la naturaleza ahistórica de tales afirmaciones, dado que los movimientos en cuestión tienen todos ellos largas historias, la mayoría de las cuales demuestran las mismas características (D'Anieri *et. al.*, 1990; Bagguley, 1992; Lichterman, 1996). Este enfoque macrosociológico e histórico ofrece poca información sobre lo que piensan y sienten los movimientos, e ignora cómo se reproducen a lo largo del tiempo y cumplen múltiples funciones simultáneamente. Sin embargo, muchos de los supuestos de sus principales pensadores se mantienen, como la afirmación de Melucci de que el propósito de estos movimientos es plantear un desafío simbólico a la autoridad y luego generar nuevos grupos de élite (o simplemente desaparecer).

Mientras que los escritores marxistas predominantemente europeos detrás de la teoría del "nuevo movimiento social" se centraban en los cambios a gran escala, una escuela emergente de científicos políticos en América del Norte se concentraba en *cómo* se movilizaban dichos movimientos contemporáneos (McCarthy y Zald, 1977). Lo que se conoce como la "teoría de la movilización de recursos" (RMT) consideraba los movimientos sociales como empresas racionales cuya fuerza motriz es la "búsqueda de intereses limitados basados en cálculos utilitarios de costo-beneficio"

(Joppke, 1993: 5) con la intención de inclusión o influencia en el proceso político dominante. Por lo tanto, la acción colectiva solo puede explicarse por los cambios en los recursos, las organizaciones y las oportunidades dentro de un conjunto dado de parámetros. Tal crítica deja de lado otras cuestiones de movilización: la motivación, la solidaridad dentro de los movimientos, las sensibilidades igualitarias y los tipos de significados que los individuos atribuyen a la acción política. Dada la concentración del RMT en la eficiencia organizacional y las estrategias de cabildeo y financiación, no sorprende que movimientos con estructuras, agendas y visiones amplias del cambio social diferentes sean poco investigados o marginados. Además, estas suposiciones sobre la intención y el acceso a la esfera pública son en realidad solo un reflejo de la hegemonía ideológica del pluralismo liberal estadounidense (Meyer, 1995: 169).

Una variación de estos temas es el modelo de Estructura de Oportunidad Política (POS), originalmente acuñado por Eisinger (1973) y desarrollado en particular por Tarrow (1994) y Kriesi. *et al.* (1995). La teoría evalúa las oportunidades de un movimiento para la acción política con base en el potencial electoral, la capacidad de cabildear/alterar la toma de decisiones a nivel de élite y el poder real del Estado para reprimir o tolerar los movimientos políticos. Cuanto más amplio sea el rango de opciones para el grupo en campaña, más probable es que

tengan algún acceso a las estructuras políticas. Por el contrario, cuantas menos opciones políticas disponibles para un movimiento, más probable es que operen fuera del sistema político. En POS, el grupo particular se conceptualiza en términos de cómo planifica y se organiza dependiendo de la fuerza o apertura relativa del Estado y el sistema político. Esto es, por supuesto, presuponer muchas cosas sobre cómo las personas en los movimientos políticos eligen participar y lo que piensan sobre las cosas que realmente hacen.

El modelo POS también puede considerarse demasiado instrumental: asume que ciertos tipos de grupos toman ciertas medidas que necesariamente buscan interactuar con la corriente política dominante. Además, ignora la dimensión cultural del movimiento. Es evidente que algunos movimientos fracasarán en su intento de influir en el aparato estatal, pero posiblemente gocen de una amplia influencia cultural, motiven a un gran número de personas y creen nuevos estilos de vida e ideas. Por ejemplo, el movimiento anticarreteras de la década de 1990 en el Reino Unido fracasó en detener muchas de las carreteras que impugnaba, pero su influencia en la sociedad fue enorme, influyendo en otros movimientos, impulsando bandas y publicaciones políticas, e incluso dando lugar a representaciones televisivas en los medios.

Hasta la fecha, muchos de los supuestos detrás de la teoría del nuevo movimiento social, la RMT y la POS permanecen intactos, aunque ha habido intentos de desarrollar modelos

que reconozcan formaciones y fundamentos culturalmente específicos (Koopmans, 1995; Duyvendak, 1995) y de sintetizar estos enfoques principales (McAdam *et al.*, 1999).

El instrumentalismo que subyace a gran parte del material teórico mencionado plantea un problema más general dentro de la sociología: la prevalencia de la «elección racional» o la «teoría de juegos» como explicaciones viables de la acción humana. Un ejemplo de esto, que ha generado un debate considerable, es el llamado «dilema del prisionero», según el cual la línea de acción más lógica y menos arriesgada para un individuo es siempre la que no implica la cooperación con otras personas. Si bien se trata de un área teórica extremadamente compleja, cabe destacar la observación de Graham (1989) de que este tipo de pensamiento puede convertirse fácilmente en una justificación para la intervención del Estado, ya que legitima el lado egoísta de los individuos (y justifica implícitamente la autoridad soberana). Las tendencias individualistas de esta postura han sido señaladas por varios comentaristas, entre ellos Singer (1997).

Así pues, vemos de nuevo conjuntos de supuestos que influyen en la forma en que se podrían investigar fenómenos sociológicos específicos. Si bien algunas de las publicaciones mencionadas simpatizan ampliamente con los objetivos de los movimientos en cuestión, dejan grandes interrogantes sin respuesta. El debate se centra ahora en las ramificaciones más amplias de esta falta de sofisticación.

SUPUESTOS PROBLEMÁTICOS II

EL PENSAMIENTO INSTRUMENTAL

Un área adicional de preocupación es el uso de enfoques instrumentales y de elección racional en gran parte de la teoría sociológica. En sus estudios sobre racionalidad y modernidad, Max Weber (1930) argumentó que gran parte del desarrollo de las sociedades industriales occidentales implicó un enfoque instrumental que priorizaba los «fines» de las acciones sobre sus «medios» (véase también Szerszynski y Tomalin). Teóricos posteriores como Theodor Adorno y Max Horkheimer (1979) argumentaron que este tipo de racionalización subyacía en la dominación de la naturaleza por parte de los humanos, una idea que ha influido en varios pensadores ecológicos contemporáneos (Dobson, 1990). De hecho, para Jürgen Habermas (1981), el surgimiento de nuevos movimientos sociales puede

atribuirse a los procesos instrumentales del Estado cada vez más intervencionista durante la década de 1960.

La propia sociología también puede verse como un reflejo de este enfoque instrumental. El ecosociólogo Alwyn Jones (1987) ha sugerido que las posturas instrumentales y antropocéntricas prevalecen en la sociología y respaldan lo que él llama el «modelo de crecimiento industrial» de la sociedad. Jones se basa en algunos aspectos psicoanalíticos de la obra de Herbert Marcuse, los del socialista libertario y católico radical Ivan Illich, así como los de ecologistas como E.F. Schumacher (1976) y Fritjof Capra (1982). Afirma que la sociología aún prioriza las estrategias tecnológicas en lugar de las basadas en el ser humano para la organización social y la vida cotidiana, en detrimento del medio ambiente, los valores humanos, la comunidad y la política. De hecho, Jones señala el problema de los conceptos dualistas que se encuentran en el corazón de los supuestos sociológicos, así como de gran parte del pensamiento occidental en general, como una especie de barrera para el desarrollo de un método de investigación más holístico. El dualismo obvio es el del ser humano y la naturaleza. Bart Van Steenberg (1990) simpatiza con esta posición y habla de la necesidad de desarrollar un paradigma completamente diferente en las ciencias sociales basado en la aceptación de nuevas nociones de "holismo".

Claramente, la sociología siempre ha trabajado con nociones de holismo, el principio según el cual, para

comprender cualquier sistema complejo, primero se deben comprender sus partes, a partir de las cuales se pueden proponer reglas más generales. Van Steenbergen considera que los esfuerzos tradicionales de la sociología por ser holística son demasiado deterministas y reduccionistas, incapaces de comprender que la sociedad es una red interdependiente de procesos que se influyen constantemente entre sí. En otras palabras, busca comprender las partes a través del funcionamiento del todo (aunque no excluyendo las partes). A pesar de que la sociología intenta problematizar los enfoques dualistas, gran parte de ella todavía se basa en una cosmovisión antropocéntrica que opone lo racional o científico a lo religioso o espiritual, la naturaleza a la cultura y, en términos metodológicos, divide las posiciones subjetivas y objetivas.

Si bien la sociología ha tardado en abordar los elementos instrumentales en sí misma, varios sociólogos han comenzado a abordar las implicaciones más amplias de los enfoques instrumentales en la sociedad. En particular, el trabajo de Ulrich Beck (1992) y Beck *et al.*, (1994) –quien podría describirse vagamente como la «escuela de la modernización reflexiva»– sugiere que las últimas décadas han presenciado una radicalización de los mismos procesos que conformaron la modernidad. Así, a medida que las sociedades toman conciencia de sus propias contradicciones (como la contaminación, los problemas de salud, las adicciones y el estrés laboral), sus políticas se vuelven menos

instrumentales y se organizan cada vez más en torno a la gestión de estas dificultades. Esta es la era de lo que Beck denomina la «sociedad del riesgo», en la que los nuevos movimientos sociales son los principales impulsores de la introducción de valores y políticas posinstrumentales.

Sin embargo, la tesis de la “modernización reflexiva” presenta una serie de limitaciones. Sugiere que los nuevos movimientos sociales están contribuyendo a radicalizar el pensamiento de quienes administran las políticas científicas y tecnológicas del Estado y el capital. Podría decirse que esta es una noción «limitada» de reflexividad, ya que se les pide a las mismas personas que causan los problemas sociales y ecológicos del mundo que los resuelvan (McKechnie y Welsh, 1994). Desde una perspectiva anarquista, es importante reconocer el papel que desempeñan las estructuras jerárquicas y el afán de lucro en la perpetuación de estos problemas. El hecho de que los modernistas reflexivos no comprendan realmente la naturaleza antiautoritaria y no jerárquica de algunos de los «nuevos movimientos sociales» contemporáneos es quizás un indicio de ello.

En el lenguaje de la teoría política ambiental, los supuestos de Beck *et al.* podría interpretarse como parte de una crítica ecológica "superficial" en lugar de "profunda", que ignora el hecho de que las actitudes instrumentales hacia el mundo natural y los mundos sociales están fundamentalmente

vinculadas¹. Así, incluso en algunas de sus áreas más progresistas, vemos que el instrumentalismo sustenta supuestos básicos.

1 Utilizo los términos ecología «superficial» y «profunda» de forma muy generalizada. Mi uso de «ecología profunda», por ejemplo, se asemeja mucho más a la perspectiva de la ecología social de Bookchin (1982, 1996a) que a la de pensadores de la ecología profunda como Naess (1973, 1989) o Devall y Sessions (1985).

SUPUESTOS PROBLEMÁTICOS III

¿QUÉ ES UNA BUENA INVESTIGACIÓN Y A QUIÉN VA DIRIGIDA?

Si la sociología anarquista se ocupa de analizar la construcción de la autoridad en diversos contextos, desde un punto de vista metodológico, la relación entre el investigador y el investigado debe ser central. Por lo tanto, las cuestiones abordadas en la sección anterior sobre la racionalidad instrumental son sumamente pertinentes para los medios y los fines de la investigación: ¿qué se estudia, quién lo financia, quién se beneficia de ello? Y, sobre todo, ¿cómo se lleva a cabo y quién lo realiza?

Un punto de partida útil es la obra ya mencionada del filósofo de la ciencia Paul Feyerabend de las décadas de 1960 y 1970. En *"Contra el método: esquema de una teoría anarquista del conocimiento"* (1988 [1975]), Feyerabend argumenta que las afirmaciones científicas de objetividad

deben desmitificarse y que la ciencia debe situarse junto a otras formas de conocimiento o creencias sobre el mundo, y no por encima de ellas. Sugiere que, lejos de ser objetivos y racionalistas, muchos científicos son en realidad antirracionalistas y, por lo tanto, autoritarios. El compromiso de Feyerabend con la democratización de la información, antielitista... las perspectivas y la flexibilidad metodológica se han considerado acordes con el espíritu del anarquismo, a pesar de que lo rechazó como filosofía política. Aunque a menudo se le asociaba con su famoso y malinterpretado lema de "*Contra el método*" –"todo vale"–, Feyerabend fue un firme defensor del valor de desmitificar las fronteras entre el investigador y lo investigado. Influyente en todas las disciplinas, su obra también debe considerarse en el contexto de la ruptura de las fronteras disciplinarias entre las ciencias naturales y sociales durante la década de 1960.

Un ejemplo de esto han sido las críticas a la ciencia desde perspectivas feministas y ecológicas que surgieron en la década de 1980, dando lugar a una nueva rama académica de la sociología (Bijker *et al.*, 1987; Woolgar, 1988). Los avances en la antropología «poscolonial» (Clifford y Marcus, 1986) también pueden considerarse ilustrativos de los cambios en los límites conceptuales y disciplinarios, donde la «autoridad» de la voz masculina blanca europea se ve cada vez más cuestionada tanto por las comunidades académicas marginadas como por los «sujetos de investigación». Esta cuestión de la rendición de cuentas ha

sido especialmente desarrollada por sociólogas feministas, como Stanley y Wise (1993) y Roseneil (1995).

Esta corriente feminista de la sociología reconoce la importancia, en la investigación cualitativa y, especialmente, en la etnográfica, de la relación entre la evolución de las ideas en el proceso de investigación y el recorrido emocional que emprende el investigador. Para Roseneil (1995), esto debe preceder a todo el proceso de investigación, en forma de una «autobiografía intelectual», que documente las razones personales de la investigación. Además de derrumbar el antiguo dualismo de «individuo» y «sociedad» (Ribbens, 1993: 88), también brinda la oportunidad de que surjan nuevas formas de discurso sociológico a partir de la escritura personal, asumiendo que es más un comentario que una catarsis. Asimismo, aborda la cuestión de la hegemonía de escuelas o métodos particulares dentro de los círculos sociológicos que a menudo «prohíben» formas no científicas de representar los datos (Chaplin, 1994).

Quizás sean las relaciones entre el investigador y el investigado las que han generado mayor controversia, en particular, las cuestiones de obligación, responsabilidad e implicación emocional. Se ha escrito mucho sobre este tema en particular: ¿cuándo se deja de investigar y si esto afectará a alguien si, por ejemplo, el investigador se dedica a un tema delicado, como la atención de una línea de ayuda? Aquí podemos ver resurgir el debate sobre la racionalidad y la razón, para evitar un enfoque tan instrumental respecto a

los sujetos de investigación. O, para situar esto en un marco anarquista, se intenta equiparar los medios de una acción (o método) con sus fines.

Un indicador útil en estos asuntos es la observación de Michael Burawoy sobre la etnografía contemporánea: que el proceso de investigación es más un tipo de colaboración que de objetivación (1991: 291). Si bien esto es algo a lo que se puede aspirar, los parámetros de la participación de un investigador son un punto controvertido. El más famoso en este sentido es el sociólogo francés Alain Touraine, quien ve el proceso de investigación como una oportunidad, sugiriendo que el investigador está en una posición vital para dar a los "sujetos" una "mayor capacidad de acción histórica" (1981: 145). Este método, que Touraine llama "intervencionismo sociológico", reconoce el hecho de que el investigador *ya está* inmerso en la cultura en cuestión e influye en ella. Touraine no está interesado en la cuestión de la parcialidad y cree que nuevos espacios para el conocimiento se abren en tales situaciones. Sin embargo, a veces demasiada reflexividad crea problemas, ya que la presencia del investigador alimenta los conflictos existentes (Ferguson, 1991; Armstrong, 1993: 30), o crea resentimiento si demasiada colaboración conduce a una acusación de tergiversación (Kurzman, 1991: 265ff.).

Además, hay factores estructurales que pueden impactar en cualquier práctica de investigación anarquista idealizada, y estos pueden en última instancia invalidar las afirmaciones

de una sociología anarquista dentro de un contexto académico formal. Las organizaciones de investigación y las universidades pueden "poseer" la investigación que se hace en su nombre con el veto final en cuanto a su utilidad futura. Además, hay áreas grises en términos de investigar temas sensibles legalmente. Los académicos que investigan a los hooligans del fútbol (Armstrong, 1993), la actividad del tráfico de drogas (Fountain, 1993) y el acoso sexual en los clubes deportivos (Yorganci, 1995), todos se encontraron en dificultades con respecto a querer informar los hallazgos a la policía o tratar de evitar la interferencia policial con su investigación. En Estados Unidos, un investigador (Scarce, 1994) fue a la cárcel para proteger sus fuentes (activistas de liberación animal).

DESARROLLOS RECIENTES: POSTESTRUCTURALISMO, TEORÍA DEL CAOS Y ANARQUISMO

Dejando de lado las razones por las que las perspectivas anarquistas en las ciencias sociales pueden haber sido excluidas deliberadamente o simplemente no haber tenido impacto, dos áreas de la teoría en las últimas dos décadas aproximadamente han comenzado a cambiar esto. Esto no se debe a que los teóricos postestructuralistas o del caos tengan alguna gravitación hacia una perspectiva anarquista, sino más bien a que las teorías se prestan a tales interpretaciones. La razón principal de esto es que en el corazón de estos paradigmas se encuentran las críticas a las teorías jerárquicas, predecibles y generalizadas tanto del mundo natural como del social. Estas teorías cuestionan fundamentalmente los supuestos temporales, espaciales y ontológicos de la Ilustración, del Modernismo y de las cosmovisiones cartesianas y newtonianas. Han impactado

en todo, desde los microbios y los sistemas climáticos hasta las teorías de la revolución. Por lo tanto, el propósito principal de abordar estas áreas de la teoría es que ofrecen una variedad de herramientas analíticas que pueden ser de ayuda para conceptualizar el lugar del poder en la sociedad contemporánea (así como en la pasada). Además, la aplicación de estos conceptos puede enriquecer y mejorar el tipo de perspectivas que se han discutido hasta ahora.

Postestructuralismo y anarquismo

El postestructuralismo proviene principalmente de un grupo de teóricos predominantemente franceses que han ejercido una influencia considerable en la teoría cultural y política en los últimos treinta años aproximadamente, gran parte de la cual surge de la reflexión crítica sobre los "fracasos" de Mayo del 68. Los principales escritores son Jean-François Lyotard, Jean Baudrillard, Jacques Derrida, Michel Foucault, Gilles Deleuze, Felix Guattari, Julia Kristeva y (la obra posterior de) Roland Barthes. De diferentes maneras, llegaron a ser etiquetados como postestructuralistas debido al hecho de que rompieron con el rigor de los modelos estructuralistas, marxistas, lingüísticos y psicoanalíticos existentes de explicación histórica, modelos que postulaban "ideas fijas" particulares

sobre la subjetividad, el significado y el cambio social. Los postestructuralistas han considerado dicha rigidez como opresiva debido al hecho de que puede conducir a la objetivación y al ejercicio del poder (Koch, 1997: 102). Al igual que con los teóricos posmodernistas, se percibe la necesidad de deconstruir el absolutismo que sustentó o emergió de la Ilustración humanista, así como cualquier noción de leyes o patrones históricos generales. Esto ha resultado en un compromiso con la crítica de los dualismos conceptuales dominantes, como naturaleza/cultura y Yo/Otro, para revelar hasta qué punto dichas oposiciones son construcciones sociales. Además, el posestructuralismo favorece una visión del sujeto "descentrado" mucho más dinámica en su construcción que bajo el estructuralismo, lo que se considera un reflejo de la creciente heterogeneidad de las posiciones del sujeto en un mundo multicultural y poscolonial.

Los autores mencionados suelen asociarse con el anarquismo debido a su análisis antiautoritario y microsociológico, que considera cómo las personas son moldeadas por, y también implicadas en, relaciones de poder que no se derivan únicamente del Estado y el capital. Por ejemplo, en su libro *Mil mesetas* (1988) Gilles Deleuze y Félix Guattari utilizan una metáfora biológica para ilustrar que el poder no está determinado por un único conjunto de influencias: el rizoma. Este, según el *Oxford English Dictionary*, es un «tallo subterráneo parecido a una raíz que

contiene tanto raíces como brotes» (edición de 1996: pág. 1225). En lugar de interesarse por el papel de las estructuras, Deleuze y Guattari hablan de las «líneas» que conforman la constitución de las relaciones contemporáneas. Así, un «rizoma conecta cualquier punto con cualquier otro punto,... sus rasgos no están necesariamente vinculados a rasgos de la misma naturaleza; pone en juego regímenes de signos muy diferentes, e incluso estados sin signos» (1988: 21).

Michel Foucault se propuso identificar la forma en que las sociedades articulaban y reproducían las relaciones de poder a través de diferentes "discursos" como la sexualidad, la locura, el castigo y la medicina. Observó cómo estos se construían en diferentes "epistemes" históricas (o momentos de conocimiento). La metáfora de Foucault fue la de un cuerpo, donde el poder se filtra a través de millones de capilares, excepto que no hay fuerzas determinantes identificables reales que impulsen el flujo de poder y que están altamente localizadas en epistemes particulares (1980: 142). Para Foucault, el poder era tan omnipresente en estas epistemes que también determinaba cualquier forma de resistencia a él en sus propios términos. El término que utilizó fue *agonismo*: dos fuerzas que giran alrededor una de la otra, se definen mutuamente y son incapaces de existir la una sin la otra (1982: 221). Esta es una noción interesante y que tiene mucho en común con la crítica anarquista de cómo las relaciones autoritarias (en particular los modelos marxista y leninista de cambio político) inevitablemente se

reproducen al reflejar las estructuras (burocráticas capitalistas) a las que supuestamente se oponen.

El valor de estas perspectivas para una sociología anarquista es, sin embargo, mixto. El enfoque postestructuralista para la comprensión del poder es útil en la medida en que forja una mejor comprensión de cómo el poder se reproduce en todo tipo de formas complejas y el grado en que las personas están implicadas en estos procesos (Goaman y Dodson, 1997: 87). Sin embargo, dado que el postestructuralismo tiende a no priorizar contextos históricos más amplios, existen problemas que relacionan una perspectiva microhistórica y sociológica con el tipo de comprensión del cambio histórico de las relaciones de autoridad que sería de interés para los sociólogos anarquistas. Por ejemplo, para volver a la literatura sobre movimientos sociales, la pregunta de cómo los movimientos aprenden unos de otros o por qué algunos movimientos radicales se institucionalizan y otros no es difícil de responder desde tal punto de vista. De hecho, una de las interpretaciones postestructurales más controvertidas del poder –la idea de May de que no todo es necesariamente malo y que es una cuestión de identificar las formas más legítimas (1994: 123)– es algo problemática desde una perspectiva anarquista.

Caos, complejidad y anarquismo

En contraste, los avances recientes en las ciencias naturales apuntan a la necesidad de reescribir fundamentalmente las supuestas "leyes" del universo físico y, por ende, del universo social. Desde la década de 1960, descubrimientos similares, primero en matemáticas, y luego en física, biología, química, astronomía y meteorología, han llegado a ser considerados por muchos como igual o más importantes que el trabajo de Einstein sobre la relatividad o el de Werner Heisenberg y Niels Bohr sobre la mecánica cuántica a principios del siglo XX. Si bien un análisis completo de la ciencia que sustenta la teoría de la complejidad y el caos excede el alcance de este artículo, se pueden hacer varias observaciones pertinentes.

La idea principal tras estas teorías es que todo, desde la partícula más pequeña del mundo natural hasta la migración de las aves y el comportamiento de los sistemas meteorológicos, está ordenado de forma extremadamente dinámica y compleja. Los sistemas simples pueden dar lugar a un comportamiento complejo, pero los sistemas complejos también pueden dar lugar a un comportamiento simple. La cuestión es que el universo sigue patrones no lineales e indeterminados que imposibilitan las explicaciones científicas reduccionistas. Los ejemplos más utilizados para ilustrar esto varían desde la famosa mariposa que aletea en un lado del mundo y causa maremotos en el otro, hasta el cálculo de ecuaciones matemáticas con seis decimales en

lugar de siete y la modificación drástica de la aplicación de la fórmula resultante.

La implicación de esto, sugiere Arran Gare (2000), es que todas las disciplinas tendrán que tomar nota porque estas teorías implican una eliminación de los límites de todas las disciplinas, si no la creación de una nueva forma de investigación científica en sí misma. Aquí podemos regresar a la discusión de Van Steenberg (1990) del holismo contemporáneo y las características que atribuye al mundo social. Las implicaciones son que el mundo social también puede entenderse en términos de procesos autoorganizados y espontáneos, donde la unidad en lugar del conflicto es un mejor dispositivo analítico y el determinismo de muchas teorías del cambio histórico debe ser resistido. Desde una perspectiva anarquista, esto puede verse como una reivindicación del trabajo tanto de Charles Fourier como de Peter Kropotkin, parte del cual se llevó a cabo hace más de un siglo. Como señala Purchase (1994: 163), todos los conceptos científicos de moda actuales como la complejidad, la diversidad, la emergencia y el autoensamblaje fueron investigados por estos escritores y colocados en el contexto de ecosistemas naturales y sociales equilibrados. Estos han formado parte del pensamiento ecopolítico y anarquista desde hace mucho tiempo. Además, Purchase sugiere que el hecho de que las partículas generadas por computadora *se autoorganicen con* solo unas pocas instrucciones programadas sobre cómo funcionar en

grupo legitima aún más las reivindicaciones anarquistas de este tipo de pensamiento «holístico».

El hecho de que un enfoque tan holístico haya sido pasado por alto o poco reconocido es un punto discutible, pero claramente existen enormes implicaciones para *cualquier* tipo de teoría sociológica. ¿Cómo, por ejemplo, se evalúan los efectos de eventos particulares o conjuntos de circunstancias en las personas y cómo sus ideas se difunden posteriormente al resto de la sociedad? ¿Cómo se comienza a investigar esto, dejando de lado los problemas antes mencionados de "intervención" y valorando la libertad? Muchas perspectivas sociológicas son jerárquicas en sus supuestos sobre la estructura de la sociedad y las herramientas analíticas más adecuadas para comprenderla. Sin embargo, perspectivas más flexibles basadas en las ciencias de la complejidad están comenzando a tener un impacto en las ciencias sociales, particularmente en términos de pensar en la contingencia histórica y el potencial que tienen las personas para conceptualizar su propio impacto probable en los eventos (Smith, 1998). También es, como señala Urry (2003), una herramienta teórica cada vez más valiosa para comprender el proceso de globalización y la diversa experiencia que las personas tienen de él.

Si bien es posible que este supuesto nuevo paradigma científico revolucione la teoría social, también es posible que no lo haga. Ya existen evidencias que sugieren que, al igual que con el darwinismo y la sociobiología, el caos y la

complejidad se han utilizado para justificar filosofías de libre mercado y teorías competitivas de la organización y el comportamiento humano por parte de teóricos de la gestión y analistas bursátiles. Sin embargo, como señala Chesters (2003), su aplicabilidad conceptual es limitada, ya que resulta difícil hablar de autonomía, autoorganización y redes de forma significativa en contextos desesperanzadamente jerárquicos. Afortunadamente, como él indica, existe una concordancia considerablemente mayor entre estas teorías y las movilizaciones del movimiento de globalización alternativa. Ciertamente el análisis en términos de las actividades autoorganizativas de grandes grupos de personas que de otro modo podrían estar "ocultos de la historia" pero que tienen un impacto no reconocido en los acontecimientos, claramente serviría mejor a la sociología.

¿POR QUÉ DESARROLLAR UNA SOCIOLOGÍA ANARQUISTA?

Este capítulo ha considerado la posibilidad de desarrollar una sociología anarquista y ha reconocido algunos de los fundamentos teóricos sobre los que podría formularse o, alternativamente, organizarse en oposición a ella. He sugerido que algunas de las razones fundacionales de la sociología en el siglo XIX, como las actitudes instrumentales hacia la investigación en nombre del progreso industrial y la cohesión social, podrían tener un impacto negativo en los sujetos estudiados y su entorno. El hecho de que la sociología parezca haber reflejado a menudo las estructuras jerárquicas de la sociedad en términos de sus supuestos sobre la organización y el cambio, mitiga las interpretaciones de la historia que podrían priorizar alternativas a las corrientes dominantes. Al examinar los movimientos sociales, por ejemplo, a menudo es posible localizar los

supuestos políticos de los poderosos en la evaluación analítica de los fenómenos en cuestión. Se puede observar que las teorías de los nuevos movimientos sociales, la movilización de recursos y las oportunidades políticas han pasado por alto la posibilidad de que las culturas de los movimientos políticos sean procesos altamente complejos y dinámicos que no necesariamente se comportan de manera consistente con modelos estáticos o generalizados de protesta.

Un área adicional de preocupación para los sociólogos anarquistas ha sido cómo se lleva a cabo la investigación y hasta qué punto los procesos metodológicos pueden convertirse en formas de poder. Si bien la investigación académica suele estar vinculada a intereses dominantes corporativos o estatales, los últimos veinte años han presenciado la evolución de formas de sociología mucho más reflexivas. Esto ha surgido en gran medida a través de las agendas de investigación feministas, que han tendido a tratar el trabajo de campo como una experiencia colaborativa y mutuamente beneficiosa, tanto para quienes estudian como para los investigadores.

Si bien estos avances ofrecen un gran potencial para derribar las barreras estructurales preexistentes en la sociedad, también han surgido diversas perspectivas teóricas, como el posestructuralismo y la complejidad, cuyas premisas filosóficas han sido retomadas por los anarquistas como potencialmente beneficiosas. Esto se debe a la

percepción de que los discursos que enfatizan la flexibilidad analítica y las múltiples interpretaciones del poder y la influencia, en lugar del determinismo y el estatismo, son interpretaciones mucho más precisas del mundo. Desde una perspectiva sociológica, esto tiene mucho sentido, sobre todo si estas teorías pueden ayudar a desenmascarar el poder y contribuir a una mejor comprensión del mundo.

Desarrollar una sociología anarquista implica ofrecer una explicación diferente de por qué surgen determinados problemas sociales, basada en una visión distinta de cómo es y debería ser la sociedad. Sin embargo, el desarrollo de una sociología anarquista aún se encuentra en sus inicios, y las posibilidades institucionales para su surgimiento son probablemente limitadas. No obstante, lo importante es que ya existe suficiente evidencia para poder defender una agenda de investigación anarquista sustancial. Hay un sinnúmero de preguntas de investigación por formular: ¿cómo se forma y se perpetúa el poder? ¿Por qué las personas desean su propia opresión? ¿Cómo debemos investigar estos temas con sensibilidad? ¿Y qué debemos hacer con los resultados cuando los obtengamos? Si los anarquistas se aferran a los principios que la mayoría ha albergado durante mucho tiempo en sus corazones, entonces bien podría haber respuestas a estas preguntas. Por lo tanto, no debe subestimarse la oportunidad de que surja una sociología anarquista en un contexto contemporáneo.

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a Chayley Collis y James Bowen, quienes han acompañado durante mucho tiempo mi preocupación por este tema y han hecho importantes contribuciones a lo largo del camino. Varias de estas ideas se presentaron al Grupo de Investigación Anarquista en Londres en enero de 2001. Gracias a todos los que asistieron a la reunión y aportaron valiosos comentarios. Gran parte del trabajo de este capítulo se puede encontrar en mi tesis doctoral: «Una sociología de la protesta ambiental: Earth First! y la teoría y la práctica del anarquismo», Universidad Metropolitana de Manchester, 2001. Se pueden obtener copias electrónicas del autor en jonathanpurkis@yahoo.co.uk.